

UNA TRAGEDIA EUROPEA
1630-1648

Peter H. Wilson

LA GUERRA
DE LOS TREINTA
AÑOS

Volumen II

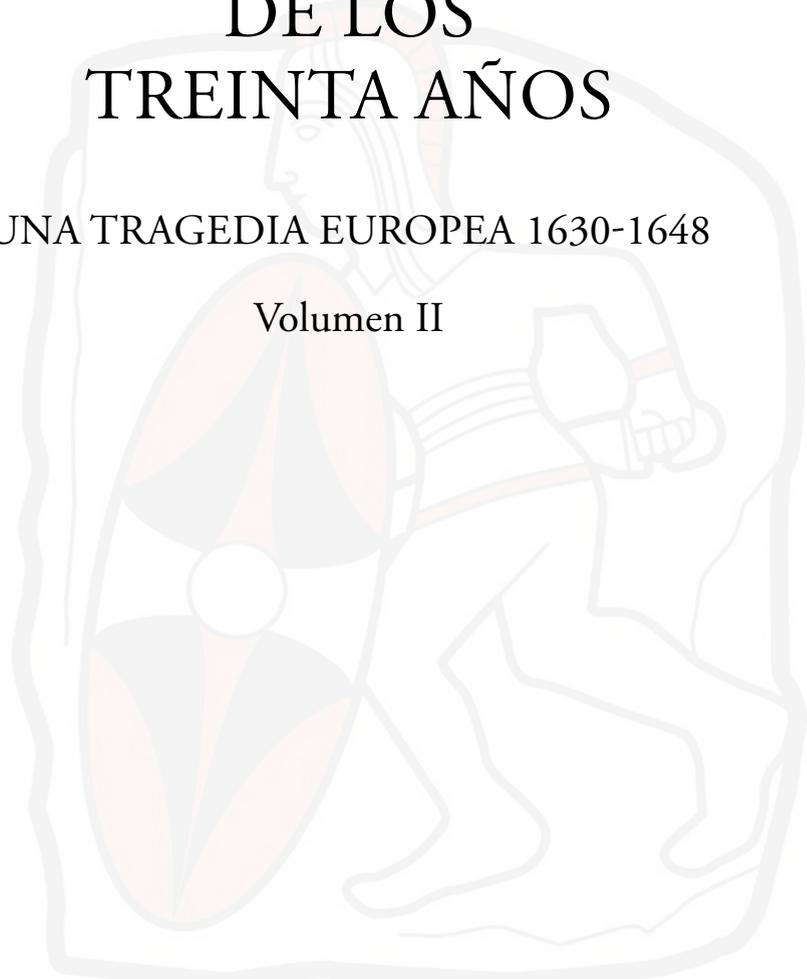


LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

UNA TRAGEDIA EUROPEA 1630-1648

Volumen II

DESPERTA FERRO



EDICIONES

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

UNA TRAGEDIA EUROPEA 1630-1648

Volumen II

Peter H. Wilson

DESPERTA FERRO

EDICIONES



La Guerra de los Treinta Años, volumen II. Una tragedia europea 1630-1648.
Wilson, Peter H.
La Guerra de los Treinta Años, volumen II. Una tragedia europea 1630-1648 / Wilson, Peter H.
[traducción de Hugo A. Cañete].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2018. – 560 p. ; 23,5 cm – (Historia Moderna) – 1.ª ed.
D.L.: M-12049-2018
ISBN: 978-84-946275-9-0
94(460).04/05 341.37 341.24
94.4 “1630/1648” 355.013

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS. Volumen II

Una tragedia europea 1630-1648

Peter H. Wilson

Título original:

Europe's Tragedy. A New Story of the Thirty Years War

Original English language edition first published by Penguin Books Ltd, London

The author has asserted his moral rights. All rights reserved

La primera edición del original en lengua inglesa lo ha publicado Penguin Books Ltd, London

El autor conserva sus derechos morales. Todos los derechos reservados

© 2009 by Peter H. Wilson

ISBN: 978-0-141-00614-7

© de esta edición:

La Guerra de los Treinta Años, volumen II. Una tragedia europea 1630-1648

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-946275-9-0

D.L.: M-12049-2018

Traducción: Hugo A. Cañete

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón

Primera edición: junio 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2018 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

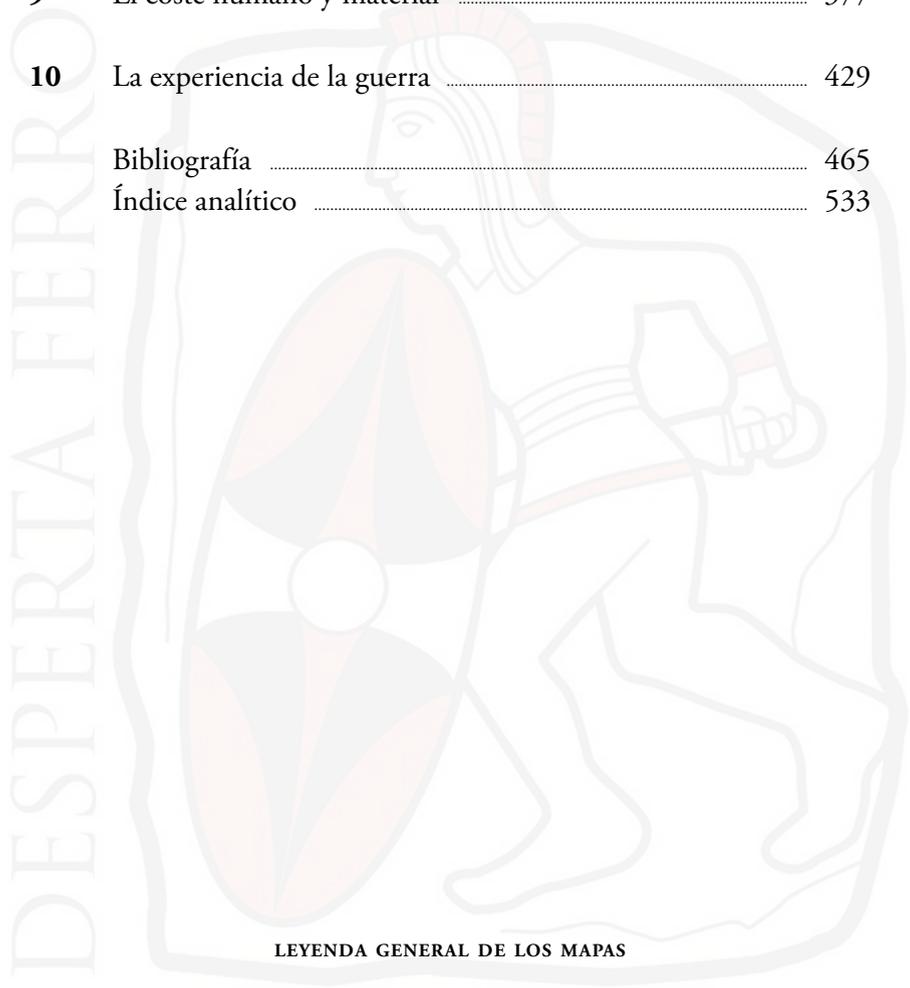
Índice

PARTE 3. UNA GUERRA GENERAL

1	El León del Norte, 1630-1632	3
2	Sin Gustavo Adolfo, 1633-1634	67
3	Por la libertad de Alemania, 1635-1636	115
4	El punto culminante de los Habsburgo, 1637-1640	155
5	En la cuerda floja, 1641-1643	195
6	Presión para negociar, 1644-1645	253
7	Guerra o paz, 1646-1648	297

PARTE 4. CONSECUENCIAS

8	El acuerdo de Westfalia	343
9	El coste humano y material	377
10	La experiencia de la guerra	429
	Bibliografía	465
	Índice analítico	533



LEYENDA GENERAL DE LOS MAPAS

		Infantería imperial		Artillería		Colinas
		Caballería imperial		Fortines		Pantanos
		Ataques imperiales		Trincheras		Aguas abiertas
		Infantería protestante		Abatis o barricadas		Caminos
		Caballería protestante		Viviendas		
		Ataques protestantes		Bosques		

PARTE 3

Una guerra general

DESPERTA FERRO



EDICIONES

CAPÍTULO 1

El León del Norte, 1630-1632

INTERVENCIÓN SUECA

La preparación sueca

Pocos podrían haber predicho que el desembarco de Gustavo Adolfo en Usedom, frente a la costa pomerana, el 6 de julio de 1630 prolongaría la guerra otros dieciocho años. Suecia tenía la competencia técnica y los efectivos necesarios para su invasión, pero no los recursos para sostenerla. Gustavo Adolfo estaba apostando el destino de su país a la posibilidad de triunfar donde Cristian de Dinamarca había fracasado y en marchar hacia el sur desde su cabeza de puente. Los 80 000 hombres sujetos a conscripción desde 1621 representaban ya una merma considerable de la población sueca. En 1630 había 43 000 suecos y finlandeses en el ejército y la marina, además de otros 30 000 mercenarios, pero no había dinero. Los 4000 jinetes de caballería presentes todavía en Prusia se negaron a ponerse en marcha hasta recibir las pagas atrasadas de los últimos dieciséis meses. Gustavo Adolfo y Oxenstierna calculaban que necesitaban unos 75 000 hombres para conquistar la costa septentrional alemana, y otros 37 000 para proteger los dominios suecos. Planearon atacar con 46 000 hombres, pero la falta de transporte redujo esta cantidad a 13 600, que se unieron a los 5000 que ya estaban

en Stralsund. En verano llegó una segunda oleada de 7000 efectivos, a los que se unieron también algunos reclutas alemanes, pero incluso en noviembre, el ejército apenas alcanzaba los 29 000 hombres, de los que una tercera parte estaban enfermos.¹

Eran más efectivos de los que Gustavo Adolfo había mandado hasta entonces, pero si con anterioridad se había enfrentado a los polacos en superioridad numérica, ahora se enfrentaba a 50 000 hombres de las tropas imperiales y de la Liga en el norte de Alemania, y a unos 30 000 más en el oeste y el sur. Incluso sin Wallenstein y en las deficientes condiciones en las que se hallaban, constituían un formidable oponente. Esta disparidad ayuda a explicar por qué, aunque preocupados, el emperador y los electores reunidos en Ratisbona no estaban excesivamente alarmados ante su llegada. Gustavo Adolfo estaba todavía por alcanzar la fama, y esta ha nublado el hecho de que estaba asumiendo un gran riesgo. La gran sucesión de victorias conseguidas desde septiembre de 1631 sugiere que el éxito era inevitable, y ha llevado a muchos historiadores militares a concluir que el ejército sueco era inherentemente superior. No cabe duda de que la moral era alta. Para los suecos y los finlandeses, acostumbrados a las duras condiciones del teatro de operaciones polaco, Alemania les parecía la tierra de la abundancia, a pesar de los doce años de guerra. Los contingentes finlandeses y escoceses tenían ya una temible reputación. Los relatos de viajeros sobre los extraños escandinavos habían despertado un interés que continuó creciendo una vez Gustavo Adolfo hubo desembarcado. Los archivos de Hamburgo hablan de un contingente de feroces lapones montados en renos. A los finlandeses se les conocía como «Hackapells»,* por su grito de guerra «¡Segadlos!». Se decía que poseían poderes mágicos para alterar el clima, o para cruzar los ríos sin necesidad de utilizar vados. Gustavo Adolfo se aprovechó de esto y siempre llevó en sus apariciones un destacamento de caballería finlandesa, además de a la por igual exótica infantería escocesa. Su propaganda afirmaba que sus hombres estaban acostumbrados al frío, que nunca se amotinaban ni salían corriendo, que subsistían con raciones mínimas y que trabajaban hasta derrumbarse.²

Gustavo Adolfo todavía tenía que enfrentarse a un oponente «occidental». Su reorganización y tácticas se habían desarrollado para combatir a los polacos, contra los que el éxito había sido irregular. No fue un innovador, sino que se aprovechó de prácticas ya existentes, en especial de las neerlandesas.³ La de Kircholm (1605) y otras derrotas a

* N. del T.: del finlandés *hakkaa päälle*.

manos de los polacos llevaron a los suecos a combinar infantería, caballería y artillería en un apoyo cercano mutuo. Las célebres piezas de artillería ligera de cuero diseñadas para acompañar a la infantería no eran nuevas, ya existían desde el siglo XIV. Tampoco es que hubieran sido particularmente exitosas, por lo que se abandonaron a partir de 1626 a favor de cañones de bronce más duraderos montados en cureñas ligeras con un peso total de unos 280 kilos y que disparaban una bala de entre 1,5 y 2 kilos a unos 800 metros de distancia. Estos cañones los podían arrastrar tres hombres o un caballo y mantener el ritmo de marcha de la infantería, lo que incrementaba su potencia de fuego.⁴ La infantería se desplegaba en brigadas de entre tres y cuatro unidades (llamadas escuadrones) de cuatrocientos hombres cada una, integradas por piqueros y tiradores, que formaban en cuadros escalonados con el objeto de prestarse apoyo mutuo. También se enviaban destacamentos de mosqueteros en apoyo de la caballería, acompañados también en ocasiones por cañones ligeros. Autores posteriores hacen hincapié en la velocidad y la decisión, aunque en realidad estas tácticas eran defensivas, desarrolladas para repeler a la superior caballería polaca. Los destacamentos de mosqueteros debían ayudar a la caballería a romper el ataque enemigo mediante la potencia de fuego y solo entonces replicaría la caballería con una contracarga. Ya en 1631 la infantería estaba adiestrada para disparar en salvas o en una descarga general concebida para maximizar el impacto psicológico sobre el enemigo antes de iniciar el contraataque. Las formaciones de caballería e infantería se adelgazaron a solo seis hileras, para incrementar la potencia de fuego y extender su frente a fin de evitar intentos de flanqueo. La mayoría de estas tácticas todavía no habían sido probadas y los suecos llegaron a Alemania después de haber sido derrotados en Stuhm, su último enfrentamiento de importancia.

Estrategia y objetivos

La retrospectiva distorsiona también la evaluación de la estrategia sueca y de sus objetivos. El principal biógrafo de Gustavo Adolfo presenta la expansión sueca por Alemania como una maniobra que siguió fases planeadas con mucho cuidado y que pretendían culminar en una invasión de las tierras hereditarias de los Habsburgo. Pero la realidad es que el rey desembarcó con un mapa que se prolongaba solo hasta la frontera sajona, y cuando llegó allí tuvo que ordenar a sus cartógrafos que confeccionasen uno nuevo que cubriese el territorio que se extendía más al sur.⁵

Los propósitos también fueron improvisados. Sin duda, hacía tiempo que Gustavo Adolfo se había resuelto a ir a la guerra, de modo que ignoró de forma deliberada cualquier posibilidad de evitarla. Se consideró llevar a cabo la intervención en Alemania en 1627, cuando Oxenstierna logró persuadir al rey para que cerrase primero la cuestión polaca mediante la apertura en febrero de unas negociaciones que concluyeron con la Tregua de Altmark. Se enviaron dignatarios a la conferencia de Lübeck, pero no se les permitió participar debido a que Suecia no era parte en la guerra que libraba Dinamarca con el emperador. No obstante, Dinamarca buscó la mejora de las relaciones sueco-imperiales y el emperador envió representantes a Danzig en abril de 1630. Suecia se mostró dispuesta a hablar con la intención de forzar a Francia a mejorar los términos de la alianza ofrecida, así como para demostrar su supuesta voluntad de alcanzar la paz. De hecho, Oxenstierna había hablado ya abiertamente de «la campaña venidera» al embajador inglés, sir Thomas Roe, en enero de 1630.⁶ El Consejo de Estado acordó, vacilante, una guerra ofensiva en abril, y aceptó la exigencia de Gustavo Adolfo según la cual era necesario vengar la humillación sufrida por sus dignatarios en Lübeck. El rey dio largas también a los daneses y al emperador con diversas excusas para retrasar las conversaciones de Danzig antes de presentar unas demandas del todo inaceptables, en junio, que asegurasen una negativa justo antes de que sus tropas desembarcasen.

Gustavo Adolfo esperaba que el emperador se retirase del norte de Alemania sin que él tuviese que evacuar Stralsund. Lo que pudiese querer más allá de esta cuestión sigue siendo todavía una mera conjetura, ya que nunca entregó a Fernando unos términos precisos. Las declaraciones públicas, como su famoso manifiesto, no eran demandas debidamente sustanciadas sino propaganda encaminada a justificar la intervención. Escrito por Salvius y publicado en alemán y latín en Stralsund en junio de 1630, se imprimieron veintitrés ediciones del manifiesto en cinco lenguas antes de que el año llegase a su fin. Había pequeñas diferencias, aunque significativas, entre las distintas versiones, lo que reflejaba la manera en que Suecia deseaba presentarse a sí misma ante los diferentes países. Gustavo Adolfo y Oxenstierna efectuaban declaraciones contradictorias según cuál fuese su audiencia y se cuidaban de no comprometerse. Las ideas se presentaban, a menudo, en un modo jocosos en apariencia, a fin de alarmar o tantear la reacción de aliados y enemigos, como la sugerencia de que Luis XIII podría convertirse en emperador y Richelieu en papa.⁷ Las motivaciones económicas percibidas por algunos historiadores posteriores son difíciles de encontrar.

Se hicieron pocos esfuerzos por integrar las conquistas alemanas en un mercado bajo control sueco.⁸

El protestantismo se destacó en la propaganda doméstica, pero se omitió del manifiesto debido a que la intervención debía presentarse como confesionalmente neutral para no enemistarse con Francia. Tras las decepciones de Federico V y Cristian IV, los militantes protestantes depositaron sus esperanzas en Gustavo Adolfo como su nuevo salvador. Un panfleto impreso poco después de su desembarco muestra cómo el rey posa heroico, con la armadura completa, mientras sus tropas desembarcan en Pomerania. Asimismo, la mano de Dios sale de una nube para darle la espada de la justicia divina con la que podrá aniquilar a la tiranía católica. Muchos católicos lo creyeron. La abadesa Juliane Ernst del convento de Santa Úrsula, en Villingen, estaba convencida de que el duque de Wurtemberg y otros príncipes protestantes habían invitado a Gustavo Adolfo «para que les ayudase a recuperar de nuevo los monasterios».⁹ No era esto lo que pretendía Gustavo Adolfo. Oxenstierna admitiría con posterioridad que la religión era un mero pretexto, mientras que Gustavo Adolfo declaró que de haber sido esa la causa entonces le hubiese declarado la guerra al papa.

El primer motivo verdadero declarado en público fue el de la «seguridad» (*Assecuratio*). Todas las amenazas citadas en el manifiesto se estaban desvaneciendo: la marina imperial se había retirado a puerto; Fernando se había mostrado proclive a dialogar y estaba en proceso de cesar a Wallenstein y de reducir su ejército. Lo que Gustavo Adolfo quería era cerciorarse de que el emperador no volviera a estar nunca más en posición de suponer, de nuevo, un peligro. De este modo, la seguridad sueca residía en una revisión de la constitución para neutralizar al emperador, y revertir el flamante resurgir del poder de los Habsburgo, en especial en el norte de Alemania. Los detalles fueron cambiando con la naturaleza y extensión de la involucración sueca. En un inicio, Gustavo Adolfo se abstuvo de criticar a Fernando y no declaró la guerra.

En su lugar, la intervención se presentó con el argumento humanista de asistencia a los reprimidos. Esta era una posición en extremo débil, ya que a pesar de todos los esfuerzos de sus enviados, Gustavo Adolfo no logró persuadir a ningún otro alemán más que a los habitantes de Stralsund para que solicitasen su ayuda.¹⁰ Su pretensión ante la dieta sueca de que existía un estado de guerra desde el ataque deliberado de Arnim a Stralsund ocultaba que sus enviados habían obligado al consejo de la ciudad a solicitar ayuda en primer lugar.

Para contrarrestar la declaración de Fernando de que se trataba de una agresión no provocada, Gustavo Adolfo se convirtió en el campeón de las libertades alemanas. La propaganda sueca desarrolló la idea de que el equilibrio interno del Imperio era esencial para la paz europea. De este modo, Suecia actuaba en aras del mayor interés para Europa, con la pretensión de restaurar la constitución imperial a su estado «apropiado». Pagaban con generosidad a los escritores alemanes con el fin de articular este concepto. El más influyente era Bogislav Philipp von Chemnitz, más conocido por su seudónimo Hippolithus a Lapide. Su acceso a documentos confidenciales suecos hace que su historia de los acontecimientos a partir de 1630 siga siendo valiosa aún hoy día. Sin embargo, su interpretación de la constitución era deliberadamente parcial; el Imperio se presentaba como una aristocracia en la que el emperador apenas era un primero entre iguales. No sorprende, por tanto, que su libro fuese prohibido y quemado como símbolo por el verdugo de Fernando.¹¹

Los suecos eran mucho más reticentes en relación a su segundo objetivo, el de la «satisfacción» (*Satisfactio*), o recompensa por sus nobles esfuerzos. Estas ambiciones territoriales estaban presentes desde el principio, aunque su alcance variase con los éxitos militares. Tan pronto como abandonaron los imperiales el sitio de Stralsund, Oxenstierna renegó la posición de Suecia en dicha localidad y la convirtió en un protectorado formal. En mayo de 1630, el Consejo de Estado decidió conservar la ciudad de modo indefinido. Tras haber desembarcado en julio, Gustavo Adolfo marchó a Stettin y le comunicó al duque Bogislav, sin descendientes, que Pomerania era suya por derecho de conquista. Esta pretensión descansaba en el reciente y provechoso libro de Hugo Grocio que implicaba que los suecos podían hacer lo que desearan ya que trataban a la gente conquistada con humanidad.¹² Gustavo Adolfo le dijo a Bogislav que aceptase en su lugar una alianza como muestra de un favor especial. El duque capituló el 20 de julio y aceptó el control sueco de su ducado y de las tasas e impuestos marítimos. El artículo 14 del acuerdo permitía a Suecia confiscar Pomerania tras la muerte del duque, aunque solo de modo nominal si los otros pretendientes (sobre todo Brandeburgo) se negaban a llegar a un acuerdo amistoso. Aunque las dietas pomeranas todavía esperaban recuperar su autonomía, el ducado había sido anexionado de modo efectivo.

El tercer objetivo era el *contentamiento* del Ejército, pues empezaba a ser obvio que Suecia no podía firmar la paz sin medios adicionales con los que pagar a sus tropas. Aunque no había sido previsto en 1630,

estaba incluido ya en esencia en el deseo de hacer la guerra a costa de Alemania. Como manifestó un miembro de la dieta, «es mejor atar la cabra en la puerta del vecino que en la propia».¹³

Alianza con Francia

Gustavo Adolfo se había decidido por la guerra mucho antes de concluir su alianza con Francia. Esta alianza le daba a Suecia acceso a la influencia francesa en Alemania, además de unos subsidios anuales de 400 000 táleros. El acuerdo era funcional. El interés francés en Suecia había sido escaso hasta 1629. Suecia tenía lazos más estrechos con España, la cual todavía era un importante mercado para su madera y minerales, y se negó a convertirse en contendiente al lado de Francia en su guerra con España a partir de 1635. Sin embargo, la coalición franco-sueca duró hasta finales del siglo XVIII y extendió la influencia cultural extranjera en una Suecia antes dominada por los protestantes alemanes y los británicos.

Richelieu había presionado para conseguir la alianza en contra del mejor juicio de su enviado Charnacé, el cual sabía que Francia no podría controlar al león sueco una vez lo lanzaran sobre Alemania, pero Richelieu quería un contrapeso para sustituir a Dinamarca en la contención de los Habsburgo. Necesitaba a Suecia para crear una diversión, pero quería mantener a Francia al margen de la destrucción que esto pudiese causar. También le preocupaba la salvaguarda del catolicismo e insistió en que Gustavo Adolfo garantizase la libertad de culto en cualquier territorio alemán que conquistase, cuestión que no se contemplaba en el Tratado de Altmärk, al que había seguido la supresión del catolicismo en los territorios de Livonia y Prusia ocupados por los suecos.

El verdadero interés de Richelieu radicaba en Baviera, no en Suecia. La ayuda francesa a la hora de concluir la Tregua de Ulm (1620) y el apoyo al nuevo título electoral de Maximiliano crearon una impresión favorable en Múnich. Richelieu veía a Maximiliano como potencial sucesor del emperador Fernando y quería una alianza con la Liga a fin de neutralizar el sur y el oeste de Alemania, y evitar que Austria ayudase a España. La reticencia de Maximiliano a romper con los Habsburgo convenció a Richelieu de que tendría que entenderse con Suecia en su lugar. No quería quemar sus naves con Baviera e insistió a Gustavo Adolfo en la promesa de no atacar a los miembros de la Liga. Gustavo Adolfo se mostraba renuente a tener limitaciones, pero su fracaso a la hora de salir de Pomerania lo obligó a aceptar los términos de Richelieu en el Tratado de

Bärwalde del 23 de enero de 1631. Francia financiaría a Suecia durante cinco años, en los que Gustavo Adolfo tendría que respetar las condiciones de Richelieu y no acordar la paz sin consultarle.¹⁴

Maximiliano ya se había asegurado de que Francia le garantizara la defensa de su título electoral en el tratado firmado con los enviados de Richelieu durante el congreso de Ratisbona en noviembre de 1630. Richelieu lo ratificó, de mala gana, en el Tratado de Fontainebleau el 31 de mayo de 1631, aun cuando obligaba a Francia a defender a Baviera de todos sus enemigos, incluida Suecia, al tiempo que liberaba a Maximiliano de apoyar a Francia contra los Habsburgo. Ambas partes reconocían que el tratado era inejecutable, pero lo consideraron una declaración mutua de buenas intenciones.

ENTRE EL LEÓN Y EL ÁGUILA

La Convención de Leipzig

Tomar Stettin era algo sencillo comparado con escapar de Pomerania. El ducado era demasiado pequeño y pobre para sostener a un gran ejército, y demostró que era imposible que reclutara efectivos suficientes para atravesar el cordón de tropas imperiales que repelió los ataques a lo largo del Óder hacia el este y de Mecklemburgo hacia el oeste en lo que restaba de 1630. El éxito dependía por completo de los príncipes protestantes alemanes que se hallaban ahora atrapados entre el león sueco y el águila imperial. Gustavo Adolfo era un gran desconocido, se sabía muy poco sobre Suecia. Los rumores acerca de sus habitantes semibárbaros parecían confirmarse debido a las duras demandas de Gustavo Adolfo. Como le dijo a su cuñado de Brandeburgo: «no quiero oír hablar de neutralidad. Su excelencia deberá ser mi amigo o mi enemigo... Esto es una lucha entre Dios y el Diablo. Si Su excelencia está con Dios, debe unirse a mí, si está con el Diablo, debe combatirme. No hay una tercera vía».¹⁵

Y, sin embargo, era la vía intermedia la deseada por la mayoría de los protestantes. A pesar de su horror ante el Edicto de Restitución, la mayoría esperaban persuadir a Fernando para que moderase sus demandas sin recurrir a la violencia. Sajonia y Maguncia habían continuado sus conversaciones y conseguido el permiso del emperador para que se reuniese en Fráncfort un «congreso paritario» multiconfesional. Entre tanto, Juan Jorge convocó a los protestantes a una convención paralela en Leipzig que abrió el 16 de febrero de 1631. Todos los grandes terri-

torios enviaron dignatarios salvo Darmstadt, que apoyó a Fernando, y Pomerania, que estaba bajo control sueco. A pesar del patrocinio de Sajonia de una fervorosa conmemoración anticalvinista en la celebración de la Confesión de Augsburgo el año anterior, Brandeburgo continuó apoyando a Juan Jorge. El nuevo canciller brandeburgués, Sigismund von Götz, le dijo a la convención «el sueco es un rey extranjero que no tiene relación con el Imperio».¹⁶

El ultraluterano Hoë von Hoënegg no dio pábulo a su anterior crítica a los calvinistas e incluso insinuó la necesidad de resistir. Esto no era una llamada a la guerra santa, a pesar de las posteriores pretensiones en ese sentido.¹⁷ El 12 de abril, el manifiesto de conclusión de la convención preveía un ejército de 40 000 hombres financiado mediante el desvío de los pagos acordados en Ratisbona para el Ejército imperial en el mes de noviembre anterior. No se trataba de una alianza confesional. No había referencias a una actuación bajo la autoridad superior de Dios. Era más bien «en defensa de las leyes básicas, la constitución imperial y las libertades alemanas de los estados evangélicos». En realidad no se trataba de un «plan estúpido».¹⁸ Al aglutinar a los protestantes en un bloque neutral, Juan Jorge incrementó su peso colectivo. Maximiliano supo apreciarlo y el congreso de la Liga en Dinkelsbühl acordó en mayo moderar la implantación del Edicto, mientras los delegados en Fráncfort continuaban discutiendo la sugerencia de Darmstadt de suspenderlo por un periodo de cincuenta años.

Sin embargo, la línea legitimista de Juan Jorge le costó muchas simpatías de aquellos que todavía debían soportar los alojamientos de las tropas imperiales y de la Liga. El desembarco sueco significaba cancelar la reducción de tropas acordada en Ratisbona, y aunque su fuerza efectiva era todavía inferior a la que tenía en tiempos de Wallenstein, el ejército continuaba siendo caro de mantener. Mucho dependía de la respuesta de Fernando, pero ofreció poco. El discreto desempeño de los suecos desde su desembarco propició un exceso de confianza que se sostuvo por la expectativa del regreso de unidades de Mantua que debían reforzar a Tilly. La obstinada negativa de Fernando a aceptar la salida ofrecida por Juan Jorge agravó el error que ya suponía el Edicto.

La falta de concesiones convenció a algunos de que no tenían otra elección que unirse a Suecia. Estos activistas eran los sospechosos habituales: los duques fugitivos de Mecklemburgo, Guillermo y Bernardo de Weimar, Wurtemberg, Hesse-Kassel y el margrave Federico V, hijo del proscrito paladín Jorge Federico de Baden-Durlach. Hesse-Kassel estaba en bancarrota y abocado a desintegrarse, ya que los caballeros lo-

cales llegaron a acuerdos con Fernando para escapar a su jurisdicción. El manifiesto de Leipzig proporcionaba una cobertura adecuada para reclutar tropas. Junto con los hermanos de Weimar, el landgrave Guillermo V reunió 7000 hombres en sus fortalezas de Kassel y Ziegenhain. Cesó el pago de las contribuciones a las ahora muy reducidas fuerzas de ocupación de la Liga y bloqueó provisiones destinadas a la guarnición de Tilly en el arzobispado de Bremen, lo que la llevó al borde del motín. El regente Julio Federico de Wurtemberg puso a salvo a los jóvenes a su cargo, el duque Everardo III y sus dos hermanos alejándolos, y envió a su madre al castillo de Urach para su seguridad, mientras su milicia comenzaba a desalojar a las guarniciones imperiales. Entabló conversaciones con sus vecinos de Franconia, que reunieron 2600 hombres, en especial en Núremberg.¹⁹

Todos actuaron con cautela, reacios a mostrarse abiertamente del lado de Gustavo Adolfo hasta que demostrase que podía defenderlos del castigo imperial. Además, la mayoría todavía esperaba que el elector Juan Jorge asumiera una postura más firme y obligase a Fernando a aceptar sus demandas sin tener que unirse a un invasor extranjero.

El sitio de Magdeburgo

Solo Cristian Guillermo, el desahuciado administrador de Magdeburgo, se declaró a favor de Suecia. Logró escabullirse entre los centinelas imperiales al interior de Magdeburgo y asaltó el ayuntamiento de la ciudad el 27 de julio de 1630 con un puñado de partidarios. Los canónigos de la catedral y los burgomaestres de la ciudad habían depositado sus esperanzas en Sajonia. La llegada de Cristian Guillermo los obligó a cambiar de parecer y acordar una alianza con los suecos. Para asegurarse de que no se desdecían, Gustavo Adolfo envió al coronel Falkenberg, disfrazado de barquero, al interior de la ciudad, donde tomó el mando en octubre. Los imperiales de Gottfried Heinrich Pappenheim persiguieron pronto a la guardia cívica y a la milicia hasta obligarlas a refugiarse en el interior de las murallas de la ciudad, pero con solo tres mil infantes no podía iniciar un sitio.²⁰

Tilly deseaba montar una ofensiva para echar a Gustavo Adolfo al mar, pero Maximiliano se negó, ya que eso implicaría la lucha de unidades de la Liga contra los suecos, un claro desafío al Tratado de Bärwalde de enero que, por esta razón, el rey había publicado deliberadamente.²¹ En su lugar envió 7000 hombres de refuerzo a Pappenheim para que apretase el cerco de Magdeburgo. Gustavo Adolfo no podía permitirse

que cayese la ciudad, pues eso podría disuadir a potenciales aliados. Planeó disponer de 100 000 hombres para comienzos de 1631, pero lo cierto es que solo pudo reunir una fuerza de maniobra de 20 000 hombres, un tercio de los cuales estaban enfermos, además de otros 18 000 en guarniciones. Este déficit solo se podía compensar con reclutas alemanes, que no se le unirían a menos que consiguiera un gran éxito. El 5 de enero, tuvo lugar una ofensiva sueca por sorpresa, que expulsó a los imperiales de Gartz y Greifenhagen, lo que aseguraba el bajo Óder. Sin embargo, la guarnición brandeburguesa de Küstrin (en la actualidad, Kostrzyn nad Odrą) bloqueó su avance aguas arriba mientras Tilly se apresuraba con 7500 hombres de refuerzo desde Halberstadt, cubriendo 320 kilómetros en diez días, a fin de levantar el ánimo de las desmoralizadas tropas imperiales.

Desbaratadas sus intenciones, Gustavo Adolfo volvió sobre sus pasos, evitando cuidadosamente Brandeburgo, para dirigirse hacia el oeste, a través de Pomerania, al interior de Mecklemburgo, donde tomó Demmin el 25 de febrero. Tilly se apresuró a perseguirlo y atacó Nuevo Brandeburgo el 19 de marzo. Una tercera parte de los 750 defensores suecos murieron durante el asalto. Con el propósito de cambiar la corriente de opinión en la Convención de Leipzig, los propagandistas lo presentaron como una masacre durante la celebración de una misa.²² Consciente de que sus tropas eran superadas en número, Tilly se retiró a Magdeburgo, lo que elevó el número de los sitiadores a 25 000 hombres. Otros 5000 fueron apostados en el puente de Dessau, mientras Fernando de Colonia reclutaba 7000 hombres de refuerzo en Westfalia y Maximiliano y otros miembros de la Liga reunían otros 8000 en Fulda. La paz en Italia permitió a Fernando ordenar el regreso de los 24 000 hombres desplegados allí, que comenzaron el cruce de los Alpes en mayo.

El elevado número de estos efectivos impedía cualquier intento de socorrer a Magdeburgo, así que Gustavo Adolfo dejó unos pocos hombres para ayudar a los duques de Mecklemburgo en el asedio de las guarniciones imperiales restantes en su ducado y marchó de nuevo hacia el este, al Óder, con unos 18 000 soldados. Asaltó Fráncfort del Óder el 13 de abril, y mató a 1700 de los 6400 hombres que componían la guarnición en represalia por las supuestas atrocidades cometidas en Nuevo Brandeburgo. Landsberg fue tomada dos semanas más tarde, lo que aseguraba el control sueco de Pomerania oriental y el bajo Óder.²³

Tilly no quiso que lo distrajeran de su sitio de Magdeburgo, que iba por el buen camino después de que lograrse tomar las fortificaciones

exteriores el 1 de mayo. Los barrios extramuros cayeron dos semanas más tarde. Los defensores solo tenían 2500 soldados regulares apoyados por 5000 ciudadanos armados, de los que solo 2000 eran adultos. La población, que ascendía a unas 25 000 personas, había mermado debido a la aparición de una epidemia de peste cinco años antes, así como por el largo declive económico que sufría la ciudad. Muchos de los burgomaestres se mostraban displicentes respecto de la alianza sueca y presionaron a Falkenberg para que aceptase las reiteradas ofertas de Tilly de una rendición honorable. Falkenberg continuó insistiendo en que Gustavo Adolfo estaba en camino, aunque aún se hallaba en Potsdam, a noventa kilómetros de distancia, cuando Tilly lanzó su asalto final a las siete de la mañana del martes 20 de mayo. Pappenheim había distribuido una ración de vino a los sitiadores para levantar la moral. A una señal preestablecida, 18 000 soldados imperiales y de la Liga convergieron contra la ciudad desde cinco direcciones.

Lo que sucedió a continuación está bien documentado por varios testimonios fascinantes de testigos presenciales. Estos deben ser tratados con cautela. El más conocido es el de Guericke, un burgomaestre ansioso por culpar a Falkenberg y al clero, y exonerar a sus colegas, que más tarde se hicieron con el poder.²⁴ A Falkenberg le sorprendió, pues esperaba que Tilly continuase con las negociaciones y aún debatía con los burgomaestres en el ayuntamiento cuando los imperiales irrumpieron en el lugar alrededor de las ocho de la mañana. Varios burgomaestres abandonaron el edificio en busca de sus familias. La defensa contó con escasa munición, pero los que estaban en las murallas ofrecieron una enconada resistencia. Dos compañías de croatas cabalaron sobre la orilla poco profunda del río hasta deslizarse por una puerta lateral del pobremente fortificado frontal del Elba, lo que hizo cundir el pánico. El abominable incendio comenzó en este lugar, lo que dio lugar a una controversia que llameó durante mucho tiempo y casi con tanta intensidad hasta casi el siglo XX. Algunos propagandistas protestantes crearon el mito de la doncella de Magdeburgo que se inmoló antes de rendirse, mientras que otros se limitaron a culpar a los comandantes católicos. Gronsfeld, que no tenía intereses personales, informó de que Pappenheim le dijo que había ordenado que se incendiase una casa para sacar de allí a algunos mosqueteros que impedían que sus hombres entrasen en la ciudad. Otros presentan historias similares y parece cierto que el incendio se originó por accidente, en especial porque el propósito del sitio era capturar la ciudad intacta.²⁵ El fuego se expandió con rapidez una vez que alcanzó la casa de un boticario empleada para almacenar

pólvora, de modo que a las diez de la mañana un gran incendio se había apoderado de toda la ciudad.

La resistencia se derrumbó en el frente norte, lo que permitió que la columna de Pappenheim entrase en el interior. Una vez dentro de la ciudad, los otros sectores se derrumbaron también. Falkenberg murió bastante pronto. Los habitantes comenzaron a atrincherarse en sus casas tan pronto como vieron que los defensores abandonaban las murallas. Tilly entró en la ciudad y ordenó a sus hombres que cesase el pillaje y extinguiesen los incendios. Buena parte de sus tropas estaban fuera de control, pero quedaban los suficientes como para salvar la catedral, en cuyo interior se habían refugiado mil personas. De igual manera, los premonstratenses protegían a seiscientas mujeres en su monasterio, que también escapó de las llamas, pero resultó imposible salvar a más gente debido a que el viento alimentó los incendios, que destruyeron 1700 de los 1900 edificios de la ciudad. Incluso los testimonios católicos admiten que la violencia continuó durante varios días. Los monjes vieron a seis soldados violar a una joven de doce años en su claustro. A pesar de su muerte estaban demasiado aterrorizados para denunciarlo, hasta que por fin uno fue a ver a Tilly; en cualquier caso resultó imposible identificar a los autores.²⁶

El burgomaestre Daniel Friese escapó al ponerse ropas viejas y no ser identificado como un hombre rico al que apresar para pedir un rescate. No obstante, su casa sí fue saqueada. Algunos soldados se contentaban con encontrar un simple par de zapatos nuevos, pero otros se ponían violentos si no podían encontrar nada de más valor. Friese sobrevivió escondido con su familia en el ático hasta que su criada trató de unirse a ellos desde su escondrijo en el cobertizo del carbón justo cuando aparecía una partida de saqueadores. Para entonces no quedaba nada a la vista que llevarse y los hombres comenzaron a golpearlo hasta que su hijo pequeño se aproximó a un soldado y le ofreció el dinero que llevaba encima. Según su hijo mayor, el soldado «cambió de inmediato su comportamiento cruel y se volvió hacia nosotros de una manera amistosa. Nos miró a nosotros, los niños que estábamos frente a él, y dijo: Sí, ¡qué buenos muchachos sois!». El soldado los ayudó a escapar al campamento imperial, donde su propia esposa se mostró visiblemente molesta porque los había traído a ellos en lugar de botín. La familia había logrado llevar consigo algunos objetos de valor y pagaron su salida del campamento tres días más tarde.²⁷ No fue este un caso aislado entre el horror, y otros soldados ayudaron a civiles, incluidos clérigos, a escapar.

Fallecieron alrededor de 20 000 defensores y civiles, junto con al menos 300 sitiadores que murieron durante el asalto, en el que otros 1600 soldados resultaron heridos. Había demasiados cadáveres para enterrar, así que la mayoría fueron arrojados al río. Casi todos habían muerto en el incendio o se asfixiaron escondidos en sus sótanos. Un censo reveló la existencia de solo 449 habitantes en febrero de 1632, y una gran parte de la ciudad permaneció en ruinas hasta 1720. Este desastre se convirtió en uno de los acontecimientos definitivos de la guerra y determinó su interpretación posterior como ejemplo de brutalidad. Solo en 1631 aparecieron unos 205 panfletos que describían la caída de la ciudad, y las masacres posteriores, incluidas las atrocidades cometidas por Cromwell en Drogheda y Wexford en 1649, fueron comparadas de inmediato con Magdeburgo.

El fin de la neutralidad

Fernando se movilizó contra los demás militantes protestantes antes de la caída de Magdeburgo. Un decreto imperial anuló el manifiesto de Leipzig el 14 de mayo y ordenaba a los firmantes que disolvieran sus tropas. Las unidades que regresaban de Italia estaban ya en el lago Constanza, dispuestas a asegurar su cumplimiento. Tomaron rápidamente Wurtemberg antes de que llegasen las tropas de Franconia. Superado en número, el regente de Wurtemberg se rindió el 24 de julio y se avino a reanudar el pago de las contribuciones a una guarnición imperial. Franconia capituló poco después, a la llegada de Aldringen con la fuerza principal procedente de Wurtemberg. La caída de Magdeburgo dejó las manos libres a Tilly para revolverse contra Hesse-Kassel, pero esperó a recibir una autorización imperial. El landgrave Guillermo mintió cuando lo instaron a que disolviese a sus hombres, pero lo salvó Gustavo Adolfo, cuyo avance a través del Elba obligó a Tilly a replegarse el 19 de julio. Como su negativa a desarmarse lo situaba claramente contra el emperador, Guillermo se declaró a favor de Suecia el 27 de julio.

Poco importaba su apoyo a menos que Gustavo Adolfo pudiese conquistar Brandeburgo y Sajonia, lo que le supondría el prestigio necesario para que otros le siguiesen. Mientras las tropas de Tilly asaltaban Magdeburgo, los hombres de Gustavo Adolfo bloquearon a los brandeburgueses en Küstrin y avanzaron sobre Köpeneck, a fin de obligar a Jorge Guillermo a negociar. Como Wurtemberg había sido invadida y Hesse-Kassel se hallaba amenazada, Gustavo Adolfo reunió

26 000 hombres a las afueras de Berlín e hizo practicar a su artillería contra el palacio electoral. Jorge Guillermo capituló el 20 de junio, y tras consentir pagar las contribuciones habituales permitió que los suecos ocupasen la mayor parte de Brandeburgo. Gustavo Adolfo presionó también a Jorge Guillermo para que casase a su hijo Federico Guillermo con la princesa Cristina, pero el elector se mostró reacio, consciente de que se trataba de una maniobra para usurpar sus pretensiones sobre Pomerania.²⁸

El rey envió a Åke Tott con 8000 hombres para que completara la conquista de Mecklemburgo, y a continuación concentró 16 000 hombres en un campamento fortificado en Werben. Tilly se aproximó después de incorporar a las unidades que había dejado alrededor de Magdeburgo. Maximiliano, entonces, fue incapaz de impedir enfrentamientos entre las unidades de la Liga y los suecos, y esto proporcionó una excusa a Gustavo Adolfo para ignorar las limitaciones de Richelieu. Tilly se llevó la peor parte en las escaramuzas bajo el sol abrasador de finales de julio y primeros de agosto, pero sus pérdidas fueron solo una fracción de las 7000 reclamadas por Gustavo Adolfo, que se vio obligado a magnificar los escasos éxitos en su implacable campaña para conseguir aliados. Aun tenía menos de 24 000 hombres en su ejército principal cuando llegó Furstenberg desde el sur de Alemania para elevar el número de efectivos de Tilly a 35 000, además de otros 24 000 que venían en camino y de los hombres que se estaban reclutando en Colonia.

El desencadenamiento llegó cuando el elector Juan Jorge, tras esperar hasta el último momento posible, abandonó su neutralidad. Fernando y Maximiliano se habían abstenido de condenar los preparativos militares sajones que ahora totalizaban 18 000 hombres y dieron instrucciones a Tilly para que no violase el territorio sajón. Incluso la acción contra Hesse-Kassel se había retrasado en consideración a Juan Jorge, y la vanguardia de Tilly en vez de atacar a las tropas del landgrave apenas si había saqueado la frontera. Entre tanto, los diplomáticos imperiales trataron de ganarse a Sajonia mediante el ofrecimiento de concesiones en Lusacia. Maximiliano se hallaba también dispuesto a aceptar concesiones tácticas respecto del Edicto y apoyó el congreso paritario de Fráncfort, que estaba todavía reunido.²⁹ En última instancia, Tilly recibió autorización para avanzar hasta la frontera sajona y exigir provisiones para dar peso a la diplomacia. Cuando esta medida fracasó, las tropas imperiales iniciaron la invasión y desarmaron a la guarnición electoral en Merseburgo el 5 de septiembre. La falta de pago de

los impuestos de guerra por parte de los protestantes desde abril causó problemas considerables. Con el crecimiento de su ejército como consecuencia de los refuerzos, era imperativo para Tilly abandonar el área devastada de los alrededores de Magdeburgo e internarse en la fértil Sajonia. Avanzó sobre Leipzig, que se rindió el 15 de septiembre. Aunque había comenzado a quemar localidades sajonas, todavía esperaba alcanzar un acuerdo, pero el elector había optado ya por Suecia el día 12.

La decisión fue aplaudida por los observadores protestantes. Los panfletos que habían estado circulando con la imagen de Gustavo Adolfo fueron reeditados para mostrar al elector a su lado. Sin embargo, esta maniobra representó un cambio en las tácticas, no en la política. El elector no sentía entusiasmo por los grandiosos planes del rey y se negó a verlo como una guerra religiosa. Su alianza solo pretendía incrementar la presión sobre Fernando de cara a firmar la paz sobre la base del *statu quo* anterior a la guerra. A pesar de su predisposición a dialogar, los católicos no habían cedido lo suficiente. Su intransigencia le costaría cara al Imperio, porque no había duda de que estaban cerca de alcanzar un acuerdo. A mediados de noviembre, seis teólogos consultados por Fernando admitieron que sería preferible anular el Edicto que arriesgarse a la ruina del Imperio. Sin embargo, para entonces, ya era demasiado tarde.³⁰ No está claro si los suecos eran conscientes de la distancia que los separaba de las pretensiones sajonas. En cualquier caso, la alianza fue crucial y le garantizaron al elector una autonomía mucho mayor que la concedida a cualquier otro socio alemán.

La batalla de Breitenfeld

Gustavo Adolfo cruzó el Elba en Wittenberg y se dirigió al sur a unirse con el elector en Düben, al nordeste de Leipzig. Los 16 000 sajones presentes iban resplandecientes con sus nuevos uniformes e incluían a 1500 hombres de la nobleza local y a sus sirvientes. Eclipsaron a los 23 000 suecos que «tras haber pasado la noche en una parcela de terreno arado, estaban tan polvorientos que parecían mozos de cocina, con sus sucios trapos».³¹ Los suecos eran «viejos veteranos experimentados», mientras que los sajones solo llevaban ejercitándose desde abril. Su comandante, Arnim, una vez se unió a su señor natural, Jorge Guillermo de Brandeburgo, aceptó también la alianza sueca en junio. La fuerza combinada era la más grande que había logrado reunir Gustavo Adolfo y estaba resuelto a asestar un golpe decisivo que esperaba que persuadiese al fin a los alemanes protestantes a unirse a él. De la misma forma,

Tilly se mostraba decidido a luchar, libre, a la postre, de poder llevar a cabo la estrategia ofensiva por la que había abogado desde comienzos de año.³² Sus superiores también estaban resueltos, tras reconocer que solo una victoria aplastante disuadiría a otros de seguir el ejemplo de Brandeburgo y Sajonia.

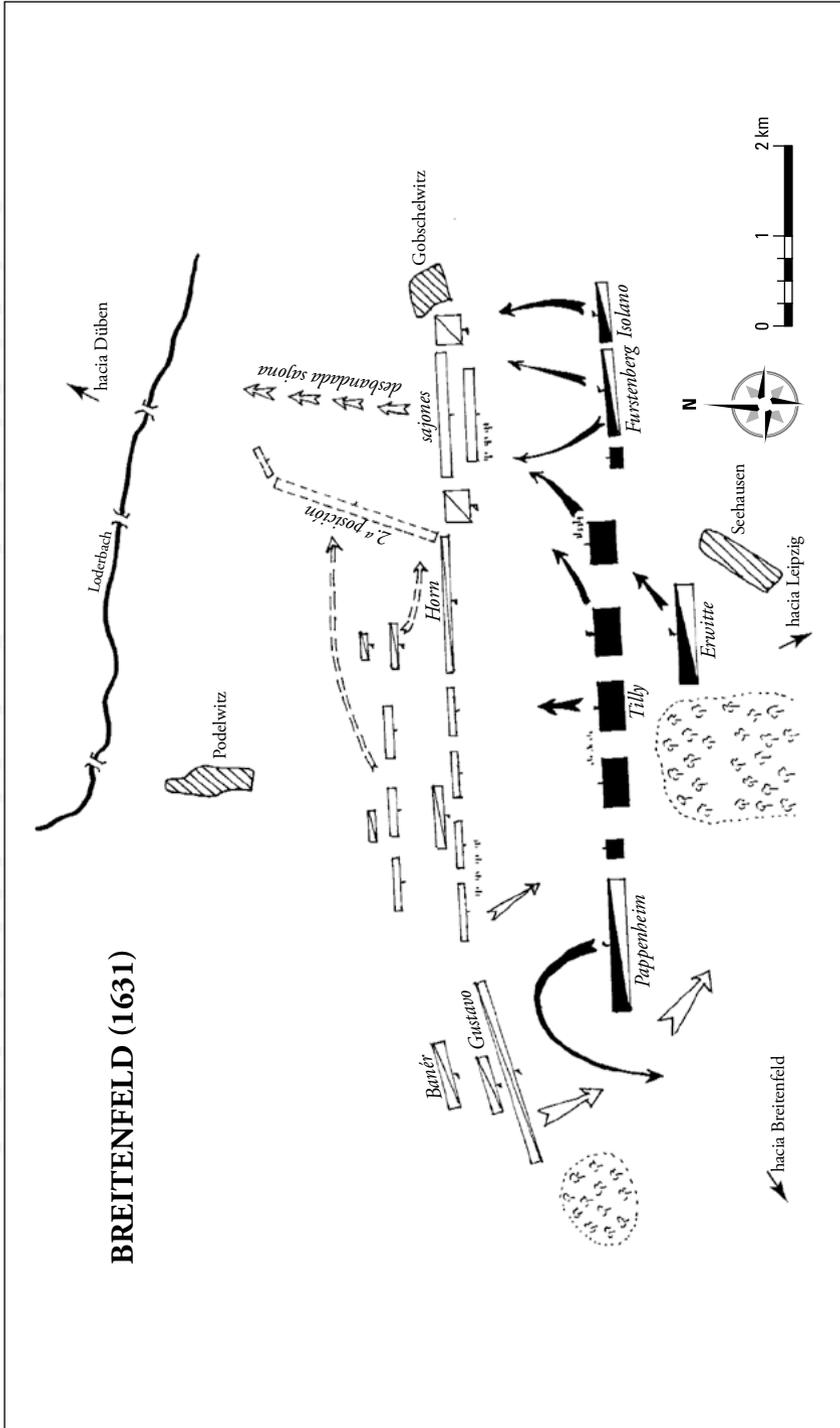
Los dos contendientes convergieron en una llanura bastante amplia junto a la villa de Breitenfeld, justo al norte de Leipzig, donde tendría lugar la segunda mayor batalla de la guerra y una de las más importantes. Tilly disponía de unos 37 000 hombres con 27 cañones, lo que significaba que estaba en inferioridad numérica (por unos 1000 hombres) y con una artillería menos poderosa (unas 29 piezas menos). Los 7000 imperiales a las órdenes de Furstenberg acababan de llegar y estaban cansados, pero la moral era alta, ya que los hombres «mostraban un coraje invencible, en la creencia de que resultarían victoriosos».³³ Tilly dispuso a sus tropas en una suave pendiente que se extendía de este a oeste a lo largo del confín de la llanura. La infantería se desplegó en doce grandes bloques, agrupados de a tres con otros dos batallones apostados en cada flanco en apoyo de la caballería. Unos 4000 jinetes de esta última se hallaban a las órdenes de Pappenheim, que contaba con la flor y nata de los coraceros imperiales. En la derecha, Furstenberg mandaba alrededor de 3100 jinetes de la caballería pesada de la Liga y 900 croatas. Otros 1000 hombres se habían dejado de guarnición en Leipzig.

Los suecos y los sajones habían acampado a unos ocho kilómetros al norte y se habían saltado el desayuno para iniciar el avance a primera hora del 17 de septiembre con el sol de la mañana en sus caras. Les llevó varias horas cruzar un riachuelo pantanoso y llegar a distancia de tiro de cañón de Tilly, por lo que no fue hasta mediodía cuando la artillería sueca comenzó a responder a los cañones imperiales que ya habían abierto fuego desde sus posiciones adelantadas a la infantería. El duelo artillero se prolongó durante dos horas y causó un mayor número de bajas en las profundas formaciones imperiales. Gustavo Adolfo mantuvo a su propio ejército separado de los bisoños sajones, que se habían desplegado en una formación bastante profunda al este del camino de Leipzig-Düben. Los suecos formaron hacia el oeste, con el general Gustav Horn al mando de la caballería junto al camino, a continuación siete brigadas de infantería en dos líneas, y Gustavo Adolfo y el resto de la caballería en el extremo derecho frente a Pappenheim.

Gustavo Adolfo extendió sus tropas más al oeste con la intención de flanquear a los imperiales. Al ver esto, Pappenheim cargó alrededor

de las dos de la tarde pero fue repelido por una salva general efectuada por 2500 jinetes suecos apoyados por 860 mosqueteros. Los coraceros de Pappenheim cargaron en otras siete ocasiones, llegando a tiro de pistola, y en cada una de ellas se llevaron la peor parte. Entre tanto, Furstenberg se arrojó sobre los sajones, mientras enviaba a los croatas de Isolano a rebasar el flanco enemigo. A pesar del castigo que habían recibido en el bombardeo de la artillería, los sajones ofrecieron alguna resistencia inicial, hasta que los bisoños de los nobles echaron a correr. Solo quedaron dos regimientos de caballería con los soldados más experimentados del elector, que se unieron a Horn. El resto huyó, arrastrando en la desbandada a Juan Jorge y perdiendo 3000 hombres, la mayoría durante la persecución.

Para entonces se hacía cada vez más difícil ver lo que sucedía a causa de la densa mezcla del humo de los cañones y el polvo levantado por miles de pies y pezuñas. Furstenberg fue incapaz de reagrupar a sus jinetes, muchos de los cuales habían iniciado la persecución de los sajones o habían comenzado a saquear su bagaje. Su rápido avance había dejado atrás a la infantería, que no llegó a la antigua posición sajona hasta eso de las tres y media de la tarde. Horn tuvo tiempo de reagruparse junto al camino en ángulo recto respecto a la primera línea del ejército, con lo que reforzó su frente con infantería de la segunda línea del centro. La infantería imperial y de la Liga fue enviada hacia delante de forma gradual, mientras la caballería fresca de Horn dispersaba en poco tiempo a los agotados jinetes de Furstenberg. Y lo que es peor, la derecha de Tilly tuvo que desplazarse hacia el este para hacer frente a la nueva posición de Horn, lo que abrió una brecha entre el centro y Pappenheim. Tras dos horas de ataques infructuosos los hombres de Pappenheim estaban agotados. El posterior contraataque de Gustavo Adolfo acabó por doblegarlos, lo que dejó expuesto el sobreextendido centro imperial. Este se vio atacado alrededor de las cinco de la tarde, justo en el momento en que la derecha de Tilly comenzaba a colapsar. La maltrecha infantería se retiró en buen orden para ofrecer una última resistencia en el bosque que había a espaldas de su posición original. Esta se desmoronó al anochecer, una vez que los suecos trajeron su artillería a distancia de tiro. Alrededor de 6000 hombres fueron hechos prisioneros en el campo de batalla y otros 3000 fugitivos se rindieron en Leipzig al día siguiente. Más de 7000 yacían muertos, mientras que muchos de los que escaparon iban heridos, incluido el propio Tilly. Otros desertaron y Tilly no logró reagrupar a más de 13 000 supervivientes en Halberstadt pocos días más tarde. Los suecos perdieron



2100 hombres, que cubrieron de sobra al obligar a los prisioneros imperiales a formar parte de su ejército.

Gustavo Adolfo había conseguido, por fin, la gran victoria que le había estado eludiendo desde su desembarco. Los propagandistas protestantes lanzaron, raudos, trompetas al viento e hicieron una llamada general a las armas, tildando la victoria de un castigo divino por el saco de Magdeburgo. Breitenfeld fue la primera gran derrota de las fuerzas católicas desde el comienzo de la guerra y cimentó la fe de los militantes en que Gustavo Adolfo era su salvador. Comentaristas posteriores lo han justificado como el resultado inevitable de un supuesto sistema militar superior.³⁴ No cabe duda de que las formaciones más profundas de Tilly contribuyeron a la mayor cantidad de bajas en el bando imperial, pero los verdaderos errores estuvieron en el mando y control de una cantidad tan grande de tropas que fue lo que originó la oportunidad para que Gustavo Adolfo pudiese lanzar su contraataque decisivo.

EL IMPERIO SUECO

Un nuevo Alejandro

La batalla de Breitenfeld transformó la imagen del rey sueco. El estado de opinión protestante perdió su anterior cautela y asumió un tono más militante; para mediados del año siguiente solía presentarse como un nuevo Josué. El culto al héroe se extendió entre los devotos. Sir Thomas Roe se dejó crecer la barba y el bigote para copiar el estilo del rey. Sin embargo, muchos mostraban su decepción por que no aprovechase la oportunidad para negociar la paz.³⁵ Un trasfondo pagano insinuaba sus verdaderos motivos. Mientras Gustavo Adolfo llegaba al sur de Alemania surgieron especulaciones sobre que cruzaría los Alpes y saquearía Roma como habían hecho los godos en 410 d. C. Suecia ya había puesto todo el énfasis en su herencia gótica para presentarse a sí misma como un imperio igual al de cualquier monarquía europea. La seudohistoria humanista afirmaba que los suecos descendían de los hebreos y que el país había sido fundado por el nieto de Noé después del diluvio, lo que lo hacía el más antiguo del mundo. En 1617, Gustavo Adolfo aparecía en un torneo que celebraba su coronación vestido como un godo. Algunos fueron más lejos hasta asegurar que era un nuevo Alejandro, lo que implicaba que, lejos de restaurar las libertades alemanas, perseguía su propio *Imperium Macedonicum*.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«**Definitivo**»

Zenda libros

«**Monumental**»

Publishers Weekly

«**Admirable**»

Literary Review

«**Indispensable**»

Frankfurter Allgemeine Zeitung

La Guerra de los Treinta Años desgarró el corazón de Europa entre 1618 y 1648: una cuarta parte de la población alemana murió entre violencias, hambrunas y pestes, regiones enteras de Europa central fueron devastadas en un incesante recorrer de ejércitos, y muchas tardaron décadas en recuperarse. Todas las grandes potencias europeas del momento estuvieron involucradas en un conflicto que desbordó las líneas marcadas por la fe, con la pugna entre los Habsburgo y los Borbones dirimiendo el comienzo del ocaso de una gran potencia, la España imperial, contestada por la pujante Francia. La obra de Peter Wilson es la primera historia completa de la Guerra de los Treinta Años que ha visto la luz desde hace más de una generación, un relato brillante y fascinante de unos años de acero que definieron el tablero europeo hasta la Revolución francesa. Su gran fortaleza es que permite aprehender los motivos que empujaron a los diferentes gobernantes a apostar el futuro de sus países con tan catastróficos resultados. Wallenstein, Fernando II, Gustavo Adolfo, Richelieu u Olivares, personajes fascinantes, están aquí presentes, como también lo está la terrible experiencia de los soldados y civiles anónimos, que trataron con desesperación de mantener vida y dignidad en circunstancias imposibles.

Dada su enjundia y amplitud, *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* se divide en dos partes, con un primer volumen dedicado a las conocidas como fases bohemia y danesa del conflicto, hasta 1630, y este segundo que arranca con la irrupción sueca para culminar con la postrera intervención francesa, recorriendo batallas épicas como Nördlingen o Rocroi, hasta llegar a las negociaciones y las consecuencias de la Paz de Westfalia, uno de los hitos de la historia de las relaciones internacionales.

**Ganador en 2011 del Society for Military History
Distinguished Book Award**

ISBN: 978-84-946275-9-0



P.V.P.: 27,95 €

**HISTORIA
MODERNA**